



C Columna

Biodiversidad, resiliencia y valor agrícola

Por Sharon Rodríguez.
Investigadora y asesora en polinización y sustentabilidad agrícola.



En un escenario agrícola cada vez más desafiante por el cambio climático, se requiere transformar la forma en la que miramos la producción de alimentos. La evidencia es clara: integrar la biodiversidad al manejo agrícola no sólo es ecológicamente necesario, sino también económicamente viable.

En Chile, proyectos como “Polinización Sostenible: Adaptación al Cambio Climático para la Producción de Fruta en Chile”, han demostrado que incorporar abejas nativas y restaurar hábitats con flora local en campos de

almendros, cerezos y paltos incrementa significativamente la productividad por hectárea. En huertos con bordes de plantas nativas, no sólo se registró una mayor abundancia de abejas silvestres, sino también un aumento de hasta un 38% en la producción de fruta a diez años. Estos resultados, respaldados también por investigaciones internacionales como el estudio de Lucas Garibaldi (2013), muestran que los polinizadores silvestres complementan –y en muchos casos superan– a la abeja melífera en eficiencia y estabilidad del servicio ecosistémico.

No se trata de reemplazar



a Apis Mellífera, sino de integrar: la coexistencia de abejas silvestres y domésticas, en un

paisaje bien gestionado, es la fórmula más resiliente. Y no sólo por razones ambientales.

En un contexto donde la oferta de colmenas es limitada y las condiciones climáticas afectan su desempeño, contar con una comunidad diversa de polinizadores es también una estrategia de mitigación de riesgo para los agricultores.

Desde hace años, iniciativas globales como Operation Pollinator, impulsada por Syngenta, han promovido la instalación de franjas florales y paisajes biodiversos como herramientas efectivas para restaurar hábitats y mejorar la polinización en cultivos.

Con cerca de 500 especies de abejas nativas –muchas de ellas endémicas–

Chile tiene una oportunidad única para convertirse en referente de un modelo agrícola sostenible y exportable. Este enfoque ya ha despertado interés en otros países latinoamericanos, donde la fruticultura y la conservación enfrentan desafíos comunes. ¿Estamos preparados para liderar este cambio, asumiendo que la biodiversidad es nuestro mayor amortiguador frente al cambio climático y la clave para sostener la productividad agrícola en el tiempo?